

el prójimo, podamos enviar delante de nosotros buenas obras que pleiteando para nosotros, como amigos elocuentes, nos merezcan el favor de obtener nuestro perdón y llegar á ese hermoso paraíso, morada eterna, en donde reináis por los siglos de los siglos. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL NONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XIX, 41-47.)

Jesús llorando sobre Jerusalem nos enseña nuestros deberes hacia nuestra patria.

TEXTO. *Videns civitatem flevit super illam*: Viendo la ciudad, lloró sobre ella.

EXORDIO. Hermanos míos, en aquel mismo día, en que nuestro divino Salvador se dirigía, cual modesto triunfador, hacia la ciudad de Jerusalem, en aquel mismo tiempo, en que una muchedumbre de almas buenas y piadosas habían ido á su encuentro para cantar: *Hosanna*: bendito sea Él que viene en el nombre del Señor; descubriendo Él la ciudad, en la cual debía sufrir su dolorosa Pasión, comienza á llorar sobre ella, como lo dice el Evangelio del día de hoy. « ¡Ah, pobre Jerusalem, si por lo ménos tú también me reconocieses; si en este tu día, supieses tú apreciar Él que puede procurarte la paz!... Pero no, todo esto es hoy escondido á tus ojos; tú rehusas verle. » Sin duda entonces el llanto de Jesús se aumentó, pues su divina mirada descubría ya desde largo tiempo ántes las desdichas que estaban para caer sobre aquella ciudad ingrata!... » Vendrán, añade, terribles días sobre tí, tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes; y te arrasará á tí y á tus hijos, que están dentro de tus murallas, y no

dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación. »

¿Quién no admirará aquí, hermanos míos, la bondad, la ternura de nuestro adorable Salvador?... Lloro, deplora la suerte de una ingrata ciudad, que dentro de poco va á crucificarle!... ¿Como? Jesús, vos, el Hijo de Dios, el Rey de los Cielos, lloráis! Dejad, pues, esta debilidad para la naturaleza humana. « No, no, dice, prefiero velar mi majestad y no revelar á los hombres sino mi bondad y misericordia! »

PROPOSICIÓN. Amados hermanos míos, no os mostraré al alma pecadora designada bajo el símbolo de esta culpable ciudad, los vicios arruinándola completamente, el infierno ó la muerte eterna viniendo á ser su herencia, y Jesucristo llorando su desdicha... No; deteniéndome en el sentido literal de este Evangelio, me propongo mostraros, que Jesucristo nos dá aquí una lección poco comprendida, y desgraciadamente demasiado olvidada en nuestros días. ¿Y qué nos enseña? Nuestros deberes hacia nuestra patria.

DIVISION. Debemos pues, á ejemplo de Nuestro Salvador: *primero*: amar nuestra patria; *segundo*, compadecernos de sus desgracias; *tercero*: Orar por ella.

Primera parte. Debemos amar nuestra patria; por de pronto, hermanos míos, qué se debe entender por patria? ¿Qué ideas encierra esta palabra? Por patria debe entenderse el país, reino, imperio ó república, en que hemos nacido, cuyas leyes amparan nuestra libertad y nuestros derechos y que con su autoridad protege nuestros bienes, nuestro honor y estas otras nobles cosas tan caras á los corazones honrados, y que se llaman el hogar de la familia, la Iglesia en que fuimos bautizados, el cementerio en donde descansan nuestros abuelos... Para nosotros la patria es este país, cuya gloria, eclipsada por recientes derrotas, es tan resplandeciente en las anales de la historia. Esta patria no es solamente nuestro pueblo, nuestro canton, no, es la Francia entera... Y sabedlo bien, cuando lloraba Jesús, no era solamente sobre los desastres, que debían alcanzar á Belen, en donde había

nacido, á Nazareth, en donde había vivido, sino tambien sobre los de la Judea entera, cuya capital era Jerusalem. Quanto amáis, o dulce Salvador, á esta Judea, en donde habían nacido vuestros abuelos, y sobre la cual habían ellos reinado! O tierra donde descansaba san José, aire que respiraba la dulce Virgen María; país honrado y santificado por las enseñanzas de los profetas y la sangre de los valientes Macabéos, ¡oh, quanto os amaba!... Él, el Criador y Salvador de todos los hombres, Él que debía mandar á sus Apóstoles predicar el Evangelio á todas las naciones, no quiso extender el beneficio de sus predicaciones, el esplendor de sus milagros, la edificación de sus virtudes mas allá de las fronteras de la Judea!... Conducta misteriosa por la cual nuestro divino Jesús quería sin duda enseñarnos nosotros á amar tambien nuestra patria, á serla adictos, á consagrarla nuestra actividad, nuestros talentos, nuestro valor...

Así, hermanos míos, lo han entendido todos los santos... ¡Créis que san Luis, cuando echaba tan valientemente á los Ingleses fuera de la Francia, tenía odio contra ellos? ¿Créis que tantos valerosos y piadosos guerreros, cuando derramaban su sangre para defender la patria y su suelo sagrado, estaban guiados, en su sacrificio, por la envidia, el odio ú otras viles pasiones?... No, no; la prueba es que ofrecían una mano fraternal á su enemigo vencido; curaban por sí mismos sus heridas, le recogían con la más tierna caridad, cuando caía en los campos de batalla... No, hermanos míos, lo que les guiaba y animaba su valor era la conciencia que tenían de que el amor de la patria es un deber: mejor aun, que este amor es una virtud, la cual, regulada segun los principios de la conciencia y de la fé, merece en el cielo una recompensa eterna...

Segunda parte. He dicho que un segundo deber hácia la patria era el compadecernos de sus desdichas. Hemos visto, hermanos míos, durante nuestros últimos desastres á unos miserables, que aplaudían á las derrotas, sufridas por nuestros ejércitos; que se mófaban de la tristeza y se burlaban de las lágrimas de todos los buenos ciudadanos... ¿Y quiénes eran esos hombres? Sin duda,

me complazco en reconocerlo, no se encuentran entre vosotros; pero en fin es bueno, es útil que los conozcais, á fin de que esteis en guardia contra ellos, si, por casualidad, dieseis con aguno de los mismos. Eran estos hombres perdidos de deudas, ambiciosos, esclavos del odio, de la envidia y de todas estas infames pasiones, que fermentan en sus corazones. Eran sobre todo hombres impíos, afiliados á sociedades secretas y malditas... Por lo demás, nada de extraño; pues la patria, como he dicho, es el hogar, es la familia, es la ley protegiendo al débil, es el honor esparciéndose sobre todos, en fin, en una palabra, *es el orden segun Dios*; y la mayor parte de estos miserables no tienen ni hogar, ni familia; rechazan toda ley que tiene á raya sus pasiones; lo que aman, es el desórden. ¿Podían ellos compadecerse de unas desgracias que habían preparado por sí mismos con su irreligión, con su corrupción, y quizás aun por medio de conspiraciones secretas?...

Ved, por el contrario, el ejemplo que nos dá nuestro bondadoso Salvador... Las desdichas que deben caer sobre Jerusalem y la Judéa no han llegado todavía, pero ya las llora y se enternece sobre su cara patria!... ¡Oh, dice, si tú conocieses, si tu supieses las calamidades que están para caer sobre tí, pobre Jerusalem, tú te esforzarías en evitarlas, tú que matas á los profetas¹, tú que te manchas de crímenes, y que luego colmarás la medida de tus maldades, condenándome á muerte!... ¡Ah, por lo ménos, alto ahí! miétras es aun tiempo. Hasta ahora todo puede aun serte perdonado. Mira pues lo que he hecho por tí. Para tí he bajado del cielo, he querido vivir, anunciar mi doctrina, obrar mis milagros en tu seno, ó mi carísima patria... Y tú, en recompensa de mis beneficios, tú te aprestas para darme la muerte. Vuelve sobre tí, te lo conjuro, miétras es aun tiempo²!...

Pues bien! hermanos míos, tales son los sentimientos que animan el corazon de todo buen cristiano hácia su patria. Quisiera éste alejar de élla todas las calamidades. Y si desgracias caen

1. Mat., xxiii, 37. — 2. Cf. Cornelio Alapide sobre el cap. xix de S. Lucas.

sobre élla, con que ternura se compadece de la misma, porque para él la patria es una madre. ¿ No veis lo que hace san Vicente de Paul, un pobre presbítero, cuando, hace cerca doscientos años, la guerra devastaba la Champaña, la Lorena y otras provincias de nuestra cara Francia? qué hace, pues?... Recoge abundantes limosnas y hace distribuir inmensos socorros á millares y millares de míseros, que sin él habrían muerto de hambre. Habéis oído hablar de ese arzobispo de Paris, muriendo herido de una bala en el momento, en que iba á dar palabras de paz á ciudadanos extraviados? Fué compasivo hacia las desventuras de su patria. Deseaba verlas cesar. ¿ Cuáles fueron sus últimas palabras? ¡ Ah, os acordáis de éllas... En el momento en que la sangre brotaba á borbotones de su herida; ántes de entregar su alma á Dios, hallando aun bastante energía dentro de sí para hacer en favor de su país el voto de un cristiano, el voto de un obispo mártir: *Que mi sangre, dice, sea la última derramada, es la gracia suprema que pido á Dios...* Y en nuestros desastres recientes, ¿ quién, ha establecido ambulancias para los heridos, recogido los innumerables huérfanos, cuyos padres habían sucumbido en los combates?... Quién, ha ofrecido las más copiosas limosnas á los habitantes de la Alsacia-Lorena, violentamente desmembrados de la patria francesa? Quién? Pero, lo sabéis bien, los cristianos, aquellos solos que comprenden la obligación que les dicta el ejemplo del Salvador de compadecerse de las desdichas de la patria!...

Tercera parte. En fin, hermanos míos, Jesucristo nos enseña un tercer deber hácia nuestra patria; tal es el de orar por élla.

¿ Todos no pueden como los Bayardos, los Turenas, y otros tantos soldados, tan buenos cristianos como valientes guerreros, derramar su sangre por su defensa; pero, vosotros todos, niños míos, y vosotras todas, mujeres piadosas, sí, vosotros todos, cristianos que me escucháis, todos podéis, más aun, todos debéis orar por nuestra Francia.

* 1. Véase su *Vida* y la *Historia de la Iglesia*.

O adorable Salvador, en esto como en todas las cosas, sois nuestro modelo... Le veo retirándose á la soledad y pasando las noches orando¹. Sin duda su pensamiento abraza á todos los hombres, que ha venido á rescatar; pero estad seguros de éello, se detiene con predilección sobre esta patria, sobre esta Judea, que querría ver ménos culpable, y más dichosa. Y cuando, llorando sobre élla, decía: *Pobre Jerusalem, si tú supieses, si tú conocieses la gracia que te es dada*, ¡ ah, sin duda, sus ojos bañados de lágrimas, dirigiéndose hácia el cielo, invocaban aun por esta patria ingrata la misericordia divina!... Miradle en el huerto de las Olivas: su alma está triste hasta la muerte. ¿ Y de dónde viene esta tristeza, os pregunto?... Sin duda élla viene principalmente de nuestros pecados cuyo grave peso le oprimía. Sí, pobres pecadores, debemos compadecernos de Él; pero era aun, segun los santos Doctores, el amor, que tenía á la Judéa, á Jerusalem y su patria, lo que le causaba esta inmensa tristeza y esta cruel agonía. « ¡ Cómo, dice san Ambrosio, creer que temía la muerte, que temblaba delante de élla, Él, que la había deseado y se adelantaba con intrepidez á su encuentro! ¿ No había venido á Jerusalem para sufrirla? ¿ No sale al encuentro de los soldados, que vienen á apoderarse de Él?... Despues de haberles abatido con una sola palabra ¿ no se pone voluntariamente entre sus manos?... No, o bondadoso Salvador, lo que os entristecía, fuera de nuestros pecados, era el amor que teniáis á Jerusalem. Veíais los terribles castigos, que estaban para caer sobre élla, y el endurecimiento que debía seguir á este último crimen. « O Padre, deciais, salvad mi pueblo, evitadme el dolor de ver perecer mi patria: *Transeat a me calix iste*². » ¡ Ah, hermanos míos, la misericordia de Dios, por más grande que sea, no puede salvarnos á pesar de nosotros, la ciudad criminal y el pueblo culpable, perseverando en sus sentimientos impíos, no quisieron ser salvados; por eso sufrieron las desgracias, que Jesucristo les había profetizado.

1. Lucas, VI, 12.

2. S. Ambrosio, *in cap. XXII*, S. Lucas.

Sigamos, amados hermanos míos, el ejemplo que nos dá el Salvador, oremos por nuestra patria. En varias circunstancias fué ésta salvada por la oración... Un día una coalición formidable de todos esos pueblos del Norte más ó ménos bárbaros se había formado contra élla; debían aniquilarla y partírsela. Pero á su cabeza estaba un príncipe cristiano, llamado Pelipe Augusto, abuelo de San Luis. Él hizo orar. La Francia entera se prosternó á los piés de los altares en este inmenso peligro, y despues de una victoria memorable ganada en Bouvines, supo rechazar muy léjos de sí los batallones del extranjero...

Otra vez, Dios había permitido que nuestra patria cayese en la humillación más profunda. El Inglés la había invadido casi enteramente; pero los Franceses de aquel tiempo tenían la fé... Reconociendo en esta humillación el castigo de sus pecados, suplicaban á Dios les perdonase y salvase la patria. Se necesitaba un milagro; pues bien, hermanos míos, Dios otorgó este milagro. Una simple jóven, llamada Juana de Arco, fué el instrumento, de que se sirvió; y por el poder de la oración la Francia se hizo de nuevo libre é independante.

Cuántos otros rasgos aun podría citaros; pero me detengo por miedo de ser demasiado largo. Creo que comprendéis ya, que es para nosotros un deber, el orar por nuestra patria, el suplicar al Señor que conserve en élla la fé católica, que la fortalezca contra el extranjero, y la preserve de esas pasiones desenfrenadas é impías, que tienden á disolverla en el interior.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, en nuestras días la lucha entre el bien y el mal parece más ardiente que nunca; los malos levantan la cabeza; los buenos, los hombres de paz, de orden y trabajo, andan á veces inciertos y vacilantes, flojos y desanimados. Qué sucederá? ¿Qué saldrá de esta lucha? De la misma manera que hay pecadores tan endurecidos, que Dios les abandona; así hay naciones tan culpables, que Dios las deja sin auxilio... Esto se ha verificado ya, y Dios mismo encargaba á uno de sus profetas el anunciarlo á las naciones, que quería destruir: « Te perdonaré, decía á la ciudad de Damasco, hasta tres veces,

pero á la cuarta, ya no la perdono¹. » ¡ Oh Dios mio, ¿ Es posible que hayamos llegado á este grado de ingratitud, de impiedad y olvido de vuestras santas leyes, que no ha de haber más perdón para nosotros, y que nuestra pobre Francia deba ser entregada á las pasiones impías y disolventes de tantos miserables, que la codician como una presa, aguardando que élla venga á ser la esclava del extranjero?... Pero no, Dios mio, no queréis perdernos. Todas estas desdichas que caen sobre nosotros no tienen mas objeto que despertar nuestra fé. Pobre Francia, tú te has alejado de Dios, y Dios humillándote te ha dicho: *Necesitas de mi*... Por eso todas las almas cristianas han experimentado esta necesidad, y de todos los puntos de la patria, todos los que tienen un corazon verdaderamente francés, mujeres, niños, ancianos, guerreros probados, sí, todos, con una voz unánime exclaman: « O Dios omnipotente, en nombre de vuestro Corazon, en nombre de vuestro amor, salvad, salvad, la Francia! » Amados hermanos míos, sí, Dios es bueno, sí, Dios salvará la Francia... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL DÉCIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. LUCAS, XVIII, 9 13.)

Honor que Dios nos hace, al permitirnos rogarle; eficacia de la oración hecha con humildad.

TEXTO. *Omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur*: Cualquiera que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.

EXORDIO. « En aquel tiempo, dice el Evangelio del día de hoy,

1. Amos, I, 13.